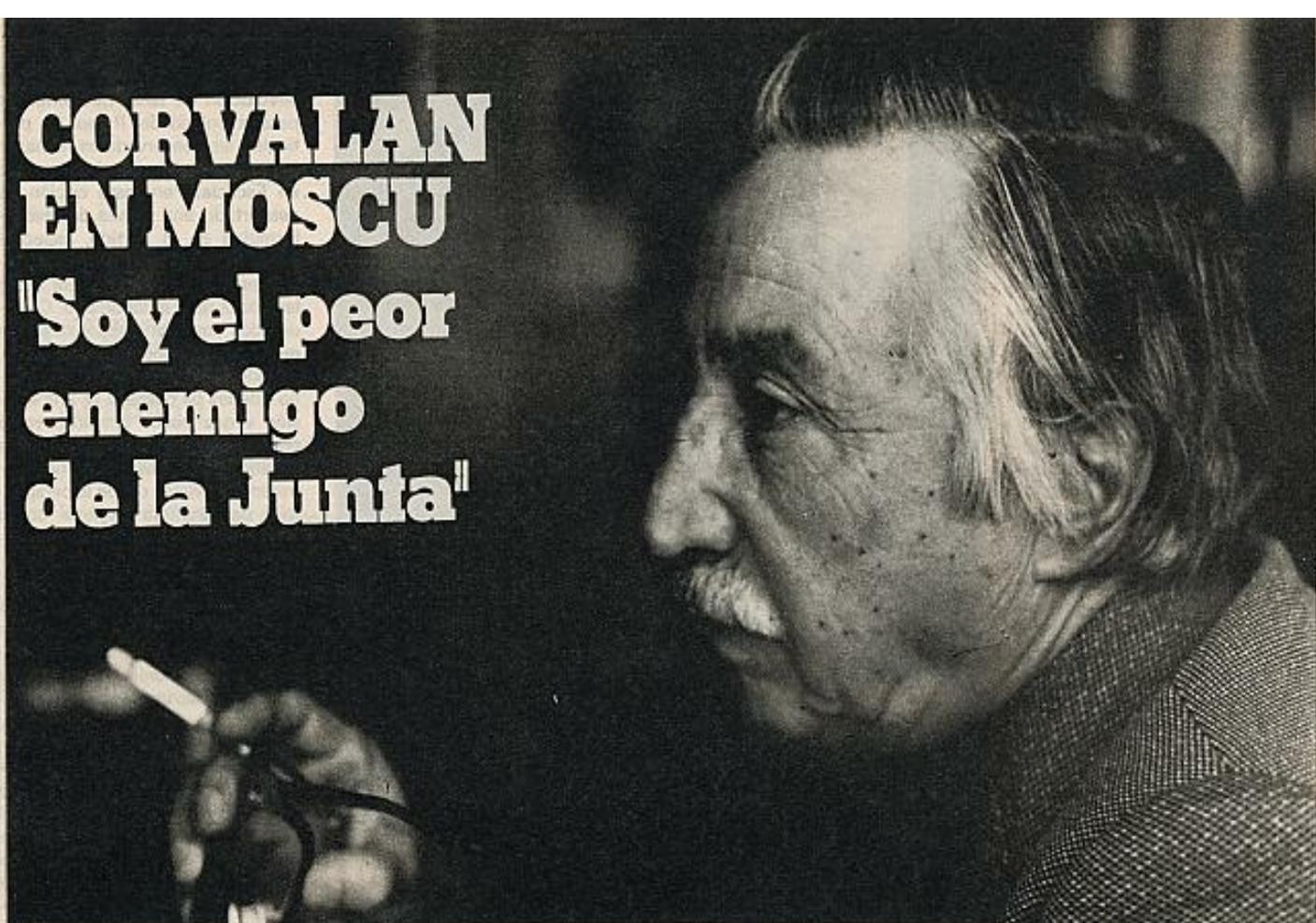


CORVALAN EN MOSCU

"Soy el peor enemigo de la Junta"



POR dos veces ha encarnado usted la esperanza para los demócratas del mundo entero. En vida de Allende, primero, demostrando que el Partido Comunista era capaz, con sus aliados, de construir una sociedad humana, generosa, humanitaria. Posteriormente, en los campos de Pinochet, rechazando toda clase de compromiso. Su valor forzó entonces la admiración general. Pero he ahí que un buen día usted acepta un intercambio cuyo principio sustentador habla rechazado, sin embargo, la víspera. El estupor llegó hasta las propias filas de la emigración chilena. ¿Qué fue lo que ocurrió?

L. CORVALAN.—Voy a explicárselo. Pero antes permítame decirle que la reacción de los emigrados chilenos me sorprende un tanto. Sobre todo, si se trata de militantes de mi partido. No, no es que le crea a usted mentiroso... Prefiero creer que alguno de mis camaradas no han comprendido inmediatamente el significado profundo de mi liberación. Confusión elemental debida, sin duda, a la emoción, entre lo que es sustancial y lo que no es circunstancial. Porque, en fin, todo está claro. Mi liberación representa para Pinochet una terrible derrota. Después de detenerme Pinochet sólo pensaba en una cosa: liquidarme. Si no llegó por fin a hacerlo es porque mientras tanto se le ocurrió la idea de negociar conmigo. Sé de gente absolutamente fidedigna que durante meses se dedicó a repetir por todos los salones de Santiago la siguiente frase: "A Corvalán sólo le soltaré después de una negociación muy importante. Una negocia-

Después de las declaraciones de Vladimir Bukovski, incluidas en el número 728 de TRIUNFO, publicamos a continuación, como obligado contrapunto, las manifestaciones hechas en Moscú al periodista Philippe Ganier-Raymond por el primer secretario del Partido Comunista chileno, Luis Corvalán, objeto, junto con el biólogo soviético, de un polémico canje de prisioneros entre Chile y la URSS. Ganier-Raymond es el autor de la entrevista con el presidente Suárez que, publicada por "Paris Match" el pasado verano, provocó en nuestro país una gran controversia con motivo de ciertas frases atribuidas a Suárez sobre la enseñanza científica en las distintas lenguas vernáculas de nuestro país.

Philippe Ganier-Raymond

Luis Corvalán fue liberado el 18 de diciembre pasado con motivo de un intercambio de prisioneros con Bukovski, que suscitó numerosos comentarios. Llegó incluso a hablarse de "chaleo lamentable". En realidad, las cosas no son tan simples... En la entrevista, Luis Corvalán se explica sobre las condiciones del canje. Y se refiere a otros datos a los que se negó a prestarse. Describe las condiciones de su detención. Traza las grandes líneas de la política de su partido, y se descubre entonces que Corvalán está infinitamente más cerca de Berlinguer y de Carrillo que de Stalin o Brejnev.

Este hombre, de sesenta años, que nos describe el infierno de un Chile oprimido por la Junta, muestra de pronto su verdadero rostro: el del socialismo más humano de todos los que existen.

ción que sólo nos beneficiará a nosotros".

"Le diré inmediatamente que lo que Pinochet se proponía no tenía nada que ver con el intercambio de marra. Tal negociación no llegó a producirse. Porque yo me negué a ella desde el fondo de los campos en los que estaba en-

cerrado junto con mis camaradas de la Unidad Popular.

—Segunda decepción para todo el mundo: a los quince días de su llegada a Moscú, usted declaró a la televisión francesa que Bukovski no era prisionero político.

L. C.—Es preciso que usted conozca las circunstancias precisas

de la entrevista; pienso que va a comprenderme. Se trataba de rodar quince minutos sobre mi persona. No es mucha longitud. Y una buena parte de esos quince minutos estuvo dedicada a una serie de secuencias en la academia militar de Frunze y a la plaza Roja, entre otras. No busco ningún pretexto, y no retiro nada de lo dicho. Lo que no impide reconocer que no tuve tiempo material para contestar a esa pregunta.

—Hoy tenemos todo el tiempo del mundo. Contésteme.

L. C.—Claro que sí. Me importa muchísimo que eso quede claro. En mi opinión, Bukovski no es un prisionero político por la sencilla razón de que fue juzgado. Conforme a una ley de la que usted puede pensar lo que le dé la gana, pero que es la ley de aquí: la ley soviética. Hubo, pues, proceso. Y se dictó sentencia. También puede pensar usted lo que quiera de la severidad de la sentencia y preguntarse si la ley ha sido o no aplicada, si la ley es buena o mala. Ese no es el problema. Un prisionero político, "a priori", —y preciso "a priori"— es juzgado en función de un procedimiento de excepción. ¡Eso cuando es juzgado! No fue ese el caso de Bukovski. Yo fui raptado por unos bandidos. Y millares de chilenos, antes que yo y después que yo, han sido encarcelados, torturados, asesinados, sin ningún tipo de proceso, sin que se les permitiese decir una sola palabra. Por sus ideas o por las ideas que se les atribuyan. Se trata, pues, de algo muy distinto. Sé que cuando se me liberó iba a instruirse mi proceso, como el de

varios de mis camaradas. Un resumen de dos mil páginas, según parece. ¿Y sabe usted de qué se me acusaba? De alta traición. De "traición a la patria", como se dice allí. ¿En nombre de qué ley?, pregunto. ¡Ya no queda ley en Chile! Por mi parte, escribí personalmente al fiscal para decirle: "Siga adelante con el proceso. Pero le aviso: los acusados se convertirán inmediatamente en acusadores". Nada le beneficiaría a Pinochet semejante proceso... ¿Comprende usted ahora por qué razones me niego a que se me midan por el mismo rasero que a Bukovski? Son dos mundos distintos.

—Bien, pero esos dos mundos se encontraron en el aeropuerto de Zurich. Y usted aceptó el intercambio. ¿Por qué?

L. C.—Sepa usted que nunca, ni desde un punto de vista moral, ni desde un punto de vista político me he pronunciado contra el principio de los intercambios. Está claro. Un intercambio no significa de ninguna manera que los prisioneros intercambiados sean combatientes de la misma causa. Sólo que volvamos atrás... Después de haber renunciado a liquidarme, ¿sabe usted

emisora de radio de gran potencia. Nuestras emisiones eran bien recibidas en la casi totalidad del territorio chileno. Todos los partidos de la Unidad Popular, comunistas, socialistas, MAPU, campesinos, etcétera, tienen reservado un tiempo radiofónico, e insisto en que los soviéticos no ejercen control alguno sobre nuestras emisiones. Para los chilenos es realmente la radio libertad. Y, a cambio de mi libertad, se pretendía que renunciáramos a aquella arma formidable. ¡Algo inaceptable!

—¿Cómo dio a conocer su negativa?

L. C.—Por razones de seguridad no puedo decirle por qué canal hice llegar mi respuesta. Esta fue textualmente: "Amo la libertad, pero estoy dispuesto a pasar en la cárcel el resto de mis días. Amo la vida, pero estoy dispuesto a morir si he de ser así. Jamás cambiaré mi vida o mi libertad por el silencio de los chilenos libres". Al conocer mi respuesta, Pinochet tomó entonces una nueva decisión. "¡Que se pudra en el campo!", fueron sus palabras. Ocurrió el mes de septiembre pasado.

—¿Entonces comenzaron las ne-

—¿Esta vez aceptó usted?

L. C.—Fue mucho más complicado. Cuando supe de la nueva propuesta, me dije a mí mismo que debía de haber gato encerrado. Mientras tanto, mi camarada Volodia Teteilbom, del buró político del Partido Comunista chileno, consiguió, desde Moscú, establecer contacto conmigo. Me preguntó si estaba dispuesto a aceptar el canje. Contesté que si alguna vez se me ponía en libertad, reanudaría inmediatamente la lucha contra la Junta. Que se lo metan en la cabeza los chilenos y los que no lo son. En segundo lugar, el intercambio no vulneraría ninguno de nuestros medios de acción. En tercer lugar, en el campo de Tres Alamos, yo estaba marginado del mundo. No disponía de ningún medio para informarme sobre la naturaleza real del intercambio. De ahí que solicitase al buró político de mi partido en Moscú que tomase la decisión más conveniente en mi lugar. Está claro.

—Sí, pero lo que no está tan claro en la historia del telefonazo a Copenhague.

L. C.—¿Por qué? En absoluto. Le diré cómo pasó todo. En octubre, la

Daniel Vergara y Tito Palestro, que no se trataba de rechazar el intercambio por razón de principios, pero que el origen de todas aquellas gestiones me parecían sospechosas, sospechosísimas... Pues bien he ahí que desde Moscú, los camaradas del buró político me comunican que están de acuerdo en que se realice el intercambio. Yo los conocía a todos ellos, sabía que estaban muy bien informados. Mis temores, mis sospechas se disiparon inmediatamente. Fue entonces cuando sonó el telefonazo desde Copenhague...

—No me negaré que es cuando menos extraño que se pueda llamar por teléfono a un campo de concentración...

L. C.—Tiene usted toda la razón, y eso me hizo sospechar nuevamente. Sobre todo, teniendo en cuenta que el catorce de septiembre pasado, el alcalde comunista de Nápóles, Ignacio Valencio habla tratado de telefonarme para felicitar-me por mi cumpleaños (acaba de cumplir los sesenta), y el jefe del campo, un tal Zabaletta, le había colgado sin ninguna consideración. Esta vez, sin embargo, Zabaletta vino a buscarme personalmente a mi barracón. Con una amabilidad increíble en aquella bestia humana, Zabaletta me pidió que le siguiese. Me explicó que era urgente y muy importante para mí. Me sonreía... Al otro extremo del hilo me dijo una voz: "Soy la señora... (he olvidado completamente su nombre). Señor Corvalán, ¿habla usted inglés?". Contesté que no, e inmediatamente se puso a hablar en castellano. Pero con acento chileno y con expresiones típicamente chilenas. Me preguntó si estaba al corriente de ciertas iniciativas relativas a mi liberación. Respondí afirmativamente, pero añadí inmediatamente que la gente que estaba detrás de esas gestiones me parecía sospechosa. Ella me contestó: "Señor Corvalán, somos apolíticos. Estamos por encima del bien y del mal". Y no recuerdo qué más. ¡Estaba indignado!

—¿Y por qué?

L. C.—Estaba más claro que el agua. Tenía todas las razones para pensar que esta mujer, esta chilena, era una empleada de la Embajada de la Junta en Copenhague. Me oí una trampa, sin saber exactamente de qué clase. Y como por azar, durante los días que siguieron, todas las agencias se dedicaron a anunciar: "¡Corvalán dice no!". Lo que era falso, naturalmente. Y mi mujer —créame que tenía otras cosas que hacer— se vio obligada a expresar a la prensa (por escrito, ya que no se le permitió celebrar una conferencia) que yo tenía mis mayores reservas sobre los móviles de las personas encargadas de la operación. Yo no quería, explicó mi mujer, que ese canje pudiera servir a los profesionales del anticomunismo, a los que echaban leña al fuego. Cuando Teteilbom me hizo saber que no existía ningún peligro de ese tipo,

Con el autor de la entrevista, junto a las aguas heladas del río Moscova.



que pretendía Pinochet? ¿Y cómo quería negociar conmigo? Yo se lo diré. Una especie de diplomático, Sergio Díez, infiltrado por la Junta en los medios y en los organismos en los que se discute de los derechos del hombre, llegó a declararlo directamente en el periódico "La Tercera": "... El Gobierno —decía Díez— está dispuesto a liberar a Corvalán a condición de que Radio Moscú cese inmediatamente sus emisiones de propaganda dirigidas a Chile". ¡Se da usted cuenta!... Como usted sabe, los soviéticos pusieron a nuestra disposición una

gociaciones tendentes al intercambio con Bukovski?

L. C.—No, no... no tan pronto. La Junta seguía entonces de muy cerca, no sin cierta angustia, el desarrollo de la campaña electoral americana. Antes de ser elegido, Carter condenó el régimen de la Junta. Condena que reiteró al ser elegido. Poco después, como recordará usted, Pinochet mandó liberar casi a la desesperada a trescientos cuatro prisioneros, y ordenó la expulsión de otros dieciséis. Al mismo tiempo declaraba estar dispuesto a canjearme por Bukovski.

prensa chilena empieza a hablar de un cierto comité Sajarov en Copenhague 'que, al parecer, se había ocupado del asunto. Pues bien, el comité Sajarov es un organismo antisoviético.

—¿Acaso es Sajarov un agente antisoviético?

L. C.—No me refiero a Sajarov, al que no conozco. Sólo hablo del comité que lleva su nombre en Copenhague, y ese comité se dedica a una propaganda antisoviética realmente intensa. Para abreviar, yo entonces le dije a dos camaradas que estaban conmigo en la cárcel,

CORVALAN EN MOSCU

dije: "Bien, aceptemos. En todo momento me sometí a las decisiones de mi partido.

—Fue, por fin, liberado. ¿Cómo pasó todo?

L. C.—Oh, muy rápido. Lo primero que hicieron fue comunicarme. Luego entró Zabaleta y me dijo: "Va a tener visita". El diecisiete, al amanecer, pude ver a mi mujer y a mis hermanos durante cinco minutos. A mi hermanastro no se le permitió entrar en el campo. Al día siguiente, el dieciocho de diciembre; me condujeron en compañía de mi esposa directamente al avión. Un tipo de la DINA (Policía política) nos acompañó hasta Zurich. En la escala de Buenos Aires, un periodista del "Corriente della Sera" consiguió subir al aparato. En el momento que se acercó a hablarnos, el policía de la DINA le obligó a ir al fondo del avión. Pero el policía acabó durmiéndose, y pude intercambiar alguna frase que otra. Luego fue Moscú. La libertad tras mil ciento ochenta y nueve días de detención.

—Vuelvo a Bukovski... Liberado el mismo día que usted, sus manifestaciones fueron, sin embargo, muy distintas. Dijo, por ejemplo, que le había complacido mucho la liberación de Corvalán. ¿Qué le contesta usted?

L. C.—Prefiero orillar mi respuesta. Orillar el problema... Porque, mire usted, no estoy del todo seguro que sus frases sean del todo sinceras... No estoy en absoluto seguro que sus declaraciones sean algo más que simples frases para la exportación. Se trata, me parece, de una declaración "política", en el mal sentido de la palabra. Quiero decir: una declaración insincera. Bukovski no me conoce. Yo a él tampoco. No sabe lo que yo he hecho, ignora por qué razones se me ha tenido junto con millares de chilenos. ¿Por qué habría, pues, de declararse satisfecho por mi liberación? Cuando más pienso en ello, más llevo a dudar de su sinceridad.

—Hay, sin embargo, algo muy grave. En la época de la Unidad popular existía una gran esperanza en el socialismo a la chilena. Esperanza que se le ha disipado. Y ahora, la gente como yo, que se ahoga entre las garras capitalistas, no le queda más alternativa que la que representan los campos de Pinochet, por un lado, y los campos soviéticos, por otro. Esto es lo que ha significado para muchos demócratas de Occidente su cambio por Bukovski.

L. C.—Respecto de los campos soviéticos, no tengo ninguna información. Cuando Stalin, sí..., pero, ¿hoy por hoy? Francamente no puedo responderle. Aunque, aun a riesgo de escandalizarle, le diré que encuentro perfectamente normal que la Unión Soviética se defiende, que niegue la libertad a sus enemigos del interior, a los espías...

—Bukovski es un enemigo del interior? ¿Un espía?

L. C.—No conozco a Bukovski. El no me conoce. Pero continúo... Digo que comprendo que la Unión Soviética se defiende. Y añado esto, que me parece muy importante: Cuando Chile vuelva a ser una democracia, sería insensato dejarles a los fascistas el derecho a la libertad. Dicho esto, pienso efectivamente que hay delitos y delitos. Voy más allá: puede ocurrir que en su opinión, y también en la mía, ciertos prisioneros juzgados aquí sean efectivamente prisioneros políticos. Añado inmediatamente que no tengo prueba de nada. Ni en sentido ni en otro. Por el contrario, hay algo que sí conozco al dedillo. Me refiero a la tiranía de la Junta. De eso sí que podría hablar horas y horas.

—Hablemos de ellos. Pero antes, dígame cuál fue su reacción cuando Georges Marchais, primer secretario del Partido Comunista francés calificó su canje de "lamentable chalanero".

L. C.—Mi partido hizo una declaración al respecto, aclaración que suscribo íntegramente. El camarada Marchais ha cometido un error de análisis. Y todos los mensajes que me han enviado los camaradas franceses demuestran bien a las claras que no todo el mundo comparte esa postura. Pero mi respuesta no va contra el hombre Marchais ni contra la línea Marchais. Aclarado esto, he de decirle sinceramente que no sé muy bien qué sea la "línea Marchais". En los campos de concentración no teníamos nada que leer, no nos llegaba ningún escrito político, ningún documento. Teníamos acceso únicamente a Proust, Zola, Balzac; fue así como aprendí el francés... Marchais se equivoca en su análisis de mi liberación, y únicamente en eso. Porque yo no he olvidado la solidaridad eficaz del Partido Comunista Francés y del resto de los partidos comunistas europeos, su ayuda material, sus análisis correctos de

la situación. Lo que no impide que la palabra "lamentable", pronunciada por Marchais, no haya contribuido nada a la lucha contra Pinochet. ¡Todo lo contrario!

—Justamente, usted dice que su liberación es una derrota de Pinochet. Ahora bien, desde entonces, cada mañana, "El Mercurio" publica a dos columnas cartas de felicitación del mundo entero. Para él, la Junta, es una fantástica operación publicitaria.

L. C.—En absoluto, ¡veamos!, usted se equivoca de pe a pa. Trataré de demostrárselo aun a riesgo de parecer inmodesto. Yo también leo "El Mercurio", figúrese usted. Ahora bien, ¿qué son esas dos columnas de las que usted me habla? Una finísima pantalla que oculta mal la realidad, y la realidad es que el mayor enemigo de Pinochet está hoy libre. Y eso es importante. Es fundamental. ¿Qué es la liberación de Bukovski comparada con los golpes que el primer secretario del Partido Comunista chileno, por fin libre, puede asestar a la Junta? Mi pueblo no es tonto. Sabe perfectamente que yo le serviré cien veces mejor libre que en un campo. Y Pinochet también lo sabe. Que yo esté libre y dispuesto a luchar —ya lo estoy haciendo— es el golpe más duro que haya podido encajar la Junta desde el golpe de Estado. Ya le había advertido que sería inmodesto...

—¿Y qué hay de Bukovski?

L. C.—En primer lugar, ¿qué es Bukovski comparado con los millares de chilenos encarcelados, desaparecidos? En segundo lugar, el propio Pinochet se ríe de Bukovski. ¿Le ha visto usted preocuparse de la suerte de algún prisionero, fuera quien fuere? Por el momento, Bukovski es su instrumento, del que se sirve para ofrecer una hermosa imagen de sí mismo. Más tarde se deshará de él. Pero hablemos de lo que ocurre en mi país, en Chile...

—Sí, hablemos de esos tres años que usted ha pasado en la cárcel y en los campos de concentración.

L. C.—Como usted sabrá seguramente, fui detenido diecisiete días después del golpe de Estado por un grupo de soldados de transmisiones al mando de un teniente en la calle de los Jardines de Santiago. Me condujeron al cuartel en compañía del propietario de la casa. Un cuarto de hora más tarde era trasladado a la escuela militar. Allí permanecí cincuenta y seis días. Me encerraron en una especie de baño del primer piso que medía dos metros veinte centímetros por uno diez. Había un water y un lavabo. Colocaron allí un jergón que apenas si cabía dentro. En aquel cuartucho pasé diez días totalmente incomunicado. Dos cadetes guardaban noche y día la puerta, que permanecía en todo momento entreabierta. Comprendí muy pronto que habían recibido la consigna de impedirme dormir. Ponían la radio a toda potencia de forma que la música estridente me reventaba los oídos; golpeaban la pared con las culatas de sus fusiles y dejaban caer al suelo sus cascos una y otra vez. Al cabo de diez días me subieron a un cuarto un poco más grande, en el cuarto piso.

—¿Significó aquel traslado un cambio en el régimen de detención?

L. C.—En absoluto. Seguía incomunicado. Y desde el primer instante comprendí una cosa: querían hundirme totalmente, acabar conmigo moral y físicamente. Por la noche, por ejemplo, cuando empezaban a cerrarse los ojos, entraba uno de mis guardianes y me dirigía al rostro la luz de una linterna... Por suerte reaccioné inmediatamente. Ni hablar de derrumbarme. Primero había que comer. Soy bastante "gourmet", digamos que tengo un paladar delicado. Pero allí me vi obligado a comer hasta el último bocado la basura que me daban diariamente. Psicológicamente me preparé para no hacer un drama del que estaba viviendo en la realidad. Para no enloquecer, por



En Sofía, flanqueado por su mujer y dos miembros del buró político del Partido Comunista búlgaro.

ejemplo, pensando en mi hijo y mi nieto.

—¿Qué fue de ellos?

L. C.—Mi hijo Alberto murió, usted lo sabe. Le mataron. Murió en Sofía, pero, de hecho, le asesinaron en Santiago. Le detuvieron el catorce de septiembre, sencillamente porque se llamaba Corvalán. Le encerraron en el estadio nacional y allí le torturaron con increíble brutalidad. Sin hacerle una sola pregunta, únicamente por el placer de torturarlo. En medio de un silencio total, le aplicaron electrodos durante horas seguidas. Hemos recogido numerosos testimonios en torno a esa ignominia. Por la noche, unos camaradas se le encontraron tirado en una esquina, medio agonizante. Le envolvieron en una manta, le reanimaron. Y consiguieron salvarle durante cierto tiempo solamente...

—¿Y su hijo?...

L. C.—Tenía ocho meses. Durante días y días le estuvieron buscando por Santiago. Mi mujer, por fin, le encontró en casa de una tía. Al detener a Alberto, los militares se lo entregaron fríamente a una vecina sin darle una sola explicación. Pero volvamos a Alberto... Por fin consiguieron liberarlo. Inmediatamente partió rumbo a México, a casa de unos familiares. De allí fue a instalarse a Bulgaria, donde quería perfeccionarse en su especialidad: la agronomía. Pero Alberto sufría de una dolencia cardíaca congénita. La sangre circulaba mal de la aurícula al ventrículo. El "shock" de la tortura y los espasmos provocados por la corriente eléctrica agravaron su dolencia. Fue así como murió un día. Mañana salgo para Sofía. Para mí, para mi mujer, es algo horrible. Algo que no tiene nombre. Sin embargo, hay que comprender que en Chile han pasado y siguen pasando diariamente cosas todavía más horribles... Es todo lo que puedo decirle... El drama de Chile no tiene equivalente.

—Sin embargo, suelen compararse las dictaduras. ¿Cómo explica usted eso?

L. C.—Es una equivocación. Y le diré por qué: Chile está en estado de excepción. Ahora bien, la ley estipula claramente que ese régimen no puede prolongarse por más de seis meses. ¡Pero ya ha durado tres años! Chile ha caído en la ilegalidad absoluta. Nunca se había visto nada semejante en los ciento sesenta y siete años de historia de nuestro país. En la época de la Unidad Popular, nunca nos apartamos de la ley. ¡Jamás! Nunca efectuamos detenciones arbitrarias, nunca torturamos ni secuestramos a nadie; en la época en que estuvimos en el poder no existían los campos de concentración. Eso es algo que no debe olvidarse en ningún momento!

—Pinochet renunció, pues, a liquidarlo. ¿Qué quiso hacer con usted?

L. C.—Ya se lo dije: quería hacer de mí un guiñapo. Pero supe resistir. Primeramente colectivicé en cierto modo mi propio drama... Me explico: la desaparición de los míos, el hecho de que no tuviese noticias de mi mujer o de mis hijos no era más que un episodio entre mil del drama chileno. Era algo que



Buscamos una alianza con la Democracia Cristiana, lo que no conseguimos cuando ocupábamos el poder.

no debía olvidar en ningún momento. Para sostenerme moralmente, recurrí a ciertos trucos. Por ejemplo, jugaba solo a los "puntitos", imaginándome que mi mujer era mi adversario, y yo la sustituiría. También me dediqué a contar cuidadosamente los listones del suelo. Con las cifras obtenidas realizaba mentalmente operaciones aritméticas. Aquello me ayudaba a mantener mi equilibrio. También cantaba. Aunque nunca se me ha dado bien... Tengo seguramente la peor voz de todo Chile. Mis guardianes debían de sufrir cada vez que me oían cantar la "Internacional", diversos aires revolucionarios y también canciones populares...

—Francamente, mirándole a usted, uno se pregunta cómo es que llegó a resistir en los campos de concentración.

L. C.—No se fie demasiado de las apariencias... Aquello fue duro, durísimo. De todas formas, cuando en la madrugada del veintinueve de noviembre me embarcaron con rumbo a la isla de Dawson, no lejos de la Tierra del Fuego, me sentí en cierto modo como liberado. Ya no estaba incomunicado. Pude ver incluso a mi mujer en el momento de salir. Pudimos conversar. Ella me dio noticias, malas en su mayoría, pero, al fin, noticias. Durante el viaje, pude conversar con mis camaradas Pedro Felipe Ramírez, Camilo

Salvo, Julio Stuardo, de la Unidad Popular, deportados junto conmigo. Llegamos a la isla el mismo día. Atravesamos el canal en una barca del Ejército. Esa región de Chile es, con seguridad, una de las más hermosas, pero también de las más inhóspitas. En una zona de incasantes tormentas. Comprendí inmediatamente que sería muy duro, pero lo más duro lo habrían sufrido ya quienes habían llegado allí antes que yo. Habían llegado en septiembre —durante nuestro invierno— y, en su mayoría, llevaban ropa de verano. No sé todavía cómo es que lograron sobrevivir...

—¿Cuál es el régimen del campo?

L. C.—Estábamos amontonados en cuartos estrechísimos; por la noche nos encerraban bajo llave. La comida era horrible. Bebiémos un agua ensuciada por la orina y los excrementos. Éramos constantemente objeto de amenazas y represalias diversas. Un ejemplo entre mil: el ex diputado socialista Gilberto encerrado noche y día en un calabozo glacial. Otros ejemplos: los del ex ministro de Educación Aníbal Palma, del socialista Jaime Concha, al que obligaron a correr por la playa, a escalar colinas durante jornadas enteras, transportando cargas de piedra de un peso inhumano... Lo primero que nos dijeron al llegar fue: "No sois prisioneros ordinarios. Sois prisioneros de guerra".

—¿En nombre de qué?

L. C.—Para mantener el mito de una guerra civil permanente. Y justificar, por consiguiente, la represión en el interior del campo. Este mito, constantemente mantenido, era muy práctico para ellos. Por la noche, los soldados tiraban al ras de los tejados. Había también un suboficial que se pasaba la vida con una granada en la mano. Con frecuencia, en plena noche, algunos suboficiales y soldados se ponían a gritar: "¡Guerrilleros! ¡guerrilleros!", como si se estuviese produciendo un desembarco en la isla. En esos casos, lo único sensato era no moverse. Si uno de nosotros hubiese intentado salir, no hay duda de que habrían disparado sobre él por intento de evasión. Resulta casi un milagro que ninguno de nosotros cayese en ese tipo de provocación.

—¿Ha habido víctimas?

L. C.—No había médicos, con excepción de dos detenidos, pero que no disponían de ningún medicamento. Dicho eso, no he visto morir a nadie en los campos. Pero dos de mis compañeros, José Toha y Waldo Suárez, murieron después de su liberación, aunque, como en el caso de mi hijo, fue realmente en los campos de concentración donde los mataron. Por lo que se refiere a Toha, un hombre muy alto y muy delgado, acabó pesando cincuenta y ocho kilos. Murió en el hospital de Santiago, y la Junta, repito, es enteramente responsable...

—¿Cuál era su régimen particular?

L. C.—Me encontraron un trabajo totalmente desproporcionado con mis fuerzas. Tenía que correr todo el día, correr, no caminar, empujando una camioneta cargada de arena y de guijarros. Era terrible, pero mi suerte no ha sido, ni con

CORVALAN EN MOSCÚ

mucho, la peor de todas... Habla, entre otras, una forma de intimidación, de represión particularmente horrible: el simulacro de ejecución. Detenían a un prisionero en plena noche, le ataban al poste y le disparaban sin proyectiles. Luego nos hacían creer a los demás —éramos trescientos aproximadamente— que había sido realmente ejecutado.

—Después le trasladaron a usted a Tres Alamos.

L. C.—No directamente. Pero nuestra salida de la isla Dawson fue una primera victoria del movimiento de solidaridad internacional, de eso no hay duda. En primer lugar, junto con mis camaradas Fernando Flores, Vladimír Arellano, y otros, nos repartieron entre distintos cuarteles de Santiago. Estuvimos incomunicados, claro está. Luego nos trasladaron a Tres Alamos.

—¿Qué diferencia habla con la isla de Dawson?

L. C.—Ninguna. Salvo que en este último lugar el clima era mejor. El jefe del campo, Zabaletta, era un monstruo. La misma comida infecta, los mismos trabajos forzados, la misma prohibición de hablar entre nosotros, los mismos simulacros de ejecución...

—No quisiera mezclarlo todo; sería indecente por mi parte, pero estoy en cierto modo obligado a insistir: lo que usted describe me hace pensar en lo que se dice en Occidente de los campos soviéticos.

L. C.—Bueno... Vi en la televisión chilena una película muy corta, un documento que mostraba a los prisioneros en la Unión Soviética. Efectivamente... Efectivamente... Mi impresión es que se trataba de un régimen de detención ordinaria. Sólo puedo decir esto: ignoro, y nada demuestra que se trataba de prisioneros políticos. Usted me tachará de testarudo, pero en este campo, como en otros, me falta información.

—¿Qué pruebas necesita?

L. C.—No es ese el problema. Personalmente luché contra el fascismo. La Unión Soviética, la solidaridad de los países socialistas, la ayuda formidable que nos han prestado, van antes de todo lo demás. ¿Se me entiende bien? En el momento en que yo le hablo, sigue secuestrándose a gente en pleno Santiago. Desde mil novecientos setenta y tres, dos mil quinientos chilenos han desaparecido. ¿Qué ha sido de los médicos Carlos Lorca y Víctor Díaz, subsecretario de mi partido, para no hablar más que de ellos. No he venido aquí a Moscú para censurar el Código Penal soviético, sino para acabar con esa ignominia que es el régimen de la Junta. ¿Sabe usted lo que ocurre en estos momentos en Chile? Hay madres haciendo cola ante las comisarías o el Tribunal de Apelación. Madres que dicen: "Si ha muerto mi hijo, por lo menos díganmelo. Muéstrame su cadáver...". Y la marea deposita cada vez más cadáveres sobre la playa de Valparaíso.

so. No veo más que Chile. Ese Chile mío al que torturan...

—Bueno. Pero queda el hecho de que en el momento preciso en que los partidos comunistas occidentales se separan cada vez más de la Unión Soviética, usted multiplica, por el contrario, sus declaraciones de fidelidad. Repito que mucha gente está sorprendida.

L. C.—Es porque no han comprendido nada. No han comprendido en primer lugar que nadie hace más libre, más independiente, más autónomo que el partido chileno. Hace unos años, un americano me preguntó, no sin cierta malicia: "Luis Corvalán, ¿es usted moscovita o pekinés?". A lo que yo contesté: "Señor, soy santiagués". Pero contrariamente a lo que se piensa con demasiada frecuencia, en la Europa Occidental, marcas la propia independencia con respecto a Moscú, no consiste en unirse a la cohorte de quienes buscan y rebuscan sin tino entre los asuntos soviéticos para descubrir errores y monstruosidades. Errores y monstruosidades los hay en todas partes. Personalmente tengo cosas más importantes que hacer que dirigir mi lupa sobre las imperfecciones de un Estado que apoyó la lucha de mi pueblo. ¿Quiere usted que le seaaa sincero?... Estoy preocupado. Preocupado porque las divisiones entre partidos hermanos, los ataques que han dirigido algunos comunistas contra la Unión Soviética, rompen la solidaridad internacional y les hacen el juego a todos los Pinochets. ¡Y cuidado que hay Pinochets!

—¿Cómo definiría usted entonces la independencia de su partido?

L. C.—Considero que cada Partido Comunista debe decidir sobre el contenido y la forma de su propia revolución. Nosotros, los cc chilenos, que teníamos, en proporción con el total de población, el mayor número de militantes de toda la América Latina, tal vez hayamos sido los primeros en afirmar esto. Por ejemplo, la Unión Soviética o Cuba viven bajo un régimen de partido único. Seguramente será algo que les conviene a esos dos países. En Chile, por el contrario, el socialismo se hizo y se rehará según el principio de la pluralidad de partidos. Me parece bien que el camarada Carrillo haya elegido un camino parecido para llevar a su país a la libertad y a la democracia. ¿No? Somos incondicionales, es cierto. Pero no incondicionales de Moscú. Somos incondicionales de nuestros principios. ¿Qué hacemos, por otro lado, en este momento? Estoy en contacto permanente con Clodomiro Almeyda, que preside la Unidad Popular en Berlín. Tratamos de realizar lo que no conseguimos cuando ocupábamos el poder: una alianza con la Democracia Cristiana.

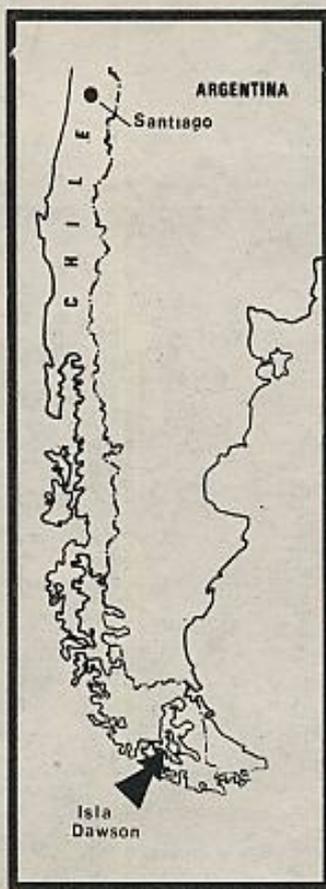
—Usted me recuerda de pronto a Berlinguer.

L. C.—¡Ah!, me entusiasma Berlinguer. ¡Me encanta el partido italiano!

—Usted está mal informado de la línea Marchais, pero parece, sin embargo, conocer muy bien la línea italiana.

L. C.—Así es..., un poco por

azar... resulta que he leído artículos de Berlinguer. Me entusiasma esa idea del compromiso histórico. Pero, ¿qué hace Berlinguer? Exactamente lo mismo que intentamos nosotros. En todo momento, y cuando Frei estaba en el poder, intentamos el contacto, la alianza con la Democracia Cristiana. No tengo ningún reparo en declarar que los comunistas chilenos hemos sido precursores. Y, por otro lado, me equivoco cuando digo que no cuajó nuestra alianza con la Democracia Cristiana. La nacionalización del cobre, por ejemplo, la conseguimos gracias a la alianza con la Democracia Cristiana. Y esa nacionalización forma parte de las adquisiciones del pueblo chileno que Pinochet no ha echado atrás. Hay algunas otras. Como decimos en Chile: "Hay algo al menos que no conseguirán ya arrebatarnos: los aires a cuyo son hemos bailado".



La región de Chile, donde está la prisión de Dawson es de las más bellas, pero también de las más inhóspitas del país.

¿Cómo abundan esos aires de fiesta! Están en todos los oídos. Las estructuras sindicales, por ejemplo: Pinochet no ha logrado romperlas. Volviendo a la Democracia Cristiana, cuando Frei estaba en el poder en los años sesenta, bajamos a la calle cada vez que le vimos amenazado por la extrema derecha. Eso cuenta. Aunque, durante el gobierno de la Unidad Popular, la Democracia Cristiana no nos pagase con la misma moneda... Pero Frei cambia, está cambiando...

—Si Clodomiro Almeyda me lo dijo el otro día. En otras palabras, su objetivo número uno es integrar

a la Democracia Cristiana en la Unidad Popular.

L. C.—No exactamente. Nuestro aliado número uno fue siempre, y lo sigue siendo, el Partido Socialista. Pero queremos crear un amplio movimiento democrático que, si la Democracia Cristiana se aviniese a colaborar, englobarla al ochenta por ciento de todo el pueblo chileno. Por otro lado, creo que no se conoce bien a los demócratas cristianos chilenos. Existe en ese sector una buena tradición democrática, que se remonta a los años treinta. Es una vieja historia...

—Hablábamos de Almeyda hace un momento. El ha hecho una autocrítica, que resulta, por lo demás, conmovedora. ¿Y usted?

L. C.—Para llegar a algo, es decir, para liberar un día a Chile, existen dos condiciones fundamentales. La primera: al contrario de lo ocurrido con la emigración española —no es ninguna crítica, porque de todas formas, las circunstancias de mil novecientos treinta y nueve, no son las mismas que las actuales—, es preciso salvaguardar y reforzar nuestra unidad. Segunda condición, y Almeyda tiene toda la razón al subrayarlo: debemos hacer un análisis muy frío, eventualmente un análisis desgarrador de las causas de nuestro fracaso.

—¿Cuál es su propio análisis?

L. C.—Llevo apenas un mes en libertad. Y como le dije antes apenas si he conseguido superar el retraso que llevaba en relación con la lectura de documentos y la información en general. Veremos de aquí a uno o dos meses. Pero puedo decirle ahora mismo dos cosas. La primera es que no hemos sabido (tal vez no hayamos tenido siquiera tiempo, lo ignoro) integrar al Ejército en nuestro movimiento. Fue un error capital. La segunda, y voy a referirme otra vez a ello, es que no supimos arreglarnos con los demócratas cristianos. Además, estoy convencido de una cosa, y es que es cierto que los Estados Unidos, la CIA, desequilibraron la situación, pero las causas profundas de nuestro fracaso hay que buscarlas dentro de nosotros mismos, en nuestra táctica, en nuestra estrategia y, sobre todo, en el seno mismo del pueblo chileno.

—Es extraño: usted habla un poco como el ex embajador de los Estados Unidos en Santiago, Korry.

L. C.—Ah, ¿sí? ¿Qué es lo que dice?

—En sustancia declara que la desestabilización fue posible por la división en el seno de las fuerzas democráticas.

L. C.—Exacto. ¿Qué más?

—Agradezco que la CIA y la ITT hablan conseguido por otro lado corromper a Allende.

L. C.—Falso. ¡Absolutamente falso! Sé que se está gestando una campaña para desacreditar a Allende. Una campaña bien orquestada, y que viene de lejos. Yo conocía a Allende desde tiempo atrás. No tenía apego al dinero, ni era rico. En Santiago ocupaba un apartamento muy modesto, sin jardín, lo que es rarísimo dentro de la burguesía chilena. Un día, la extrema derecha lanzó una campaña hablando del yate de Allende. Irritado, Allende colocó su yate en un dique seco, luego lo mandó instalar en

una fuente pública. A pesar de que le tenía un gran apago. El famoso yate de Allende no pasaba de ser una barca. Con dos remos.

-Korry dice también que en cierto momento la Unión Soviética dejó plantada a la Unidad Popular.

L. C.—Está loco. De eso sí que puedo hablar con conocimiento de causa. Porque participé personalmente aquí, en Moscú, en las conversaciones entre chilenos y soviéticos. Los soviéticos sólo pensaban en una cosa: encontrar el modo de salir del atoladero. Nos ayudaron hasta el final. Material, política, económicamente. En ningún momento nos abandonaron. ¡Siempre me acordaré de aquello!

-Usted habla del apoyo de la Unión Soviética y de las democracias populares, de su solidaridad en favor de Chile. ¿Qué opina del comportamiento de las democracias occidentales?

mócrata. No sólo cortando los lazos con la Junta, sino lo que es todavía más importante, consiguiendo que triunfara en las Naciones Unidas una resolución contra el terrorismo en general y los secuestros en particular. Esta resolución la ha llegado a votar el propio embajador de la Junta en la ONU. Me imagino que no tenía más remedio... Ahora bien, ¿quién es el mayor terrorista del planeta? ¿Quién ha secuestrado a dos mil quinientos chilenos para hacerlos morir de un modo u otro?, Pinochet. ¿Quién ha formulado una acusación semejante? Nadie. Ni siquiera Alemania Federal, a pesar de estar sensibilizada al problema. ¿Entonces? Cuando se secuestra a un industrial para pedir un rescate, todo el mundo se preocupa, y condena el acto terrorista. Cuando Pinochet manda secuestrar —y tomo sólo un ejemplo entre mil— a un muchacho, Gundelman, y hace asesinar, y pre-

L. C.—¡No me diga! La información circula muy bien. No tiene usted más que escuchar Radio Moscú.

-Volvamos a su partido, a sus posiciones. En Francia se ha desarrollado un debate que tal vez le parezca fútil en torno a la dictadura del proletariado.

L. C.—No es un debate fútil. Es un debate que me parece no tener ningún sentido en este momento. En ningún momento han tenido para nosotros, los comunistas chilenos, valor de dogma los escritos de Marx y de Lenin. Por otro lado, opino que todo gobierno de clase es una dictadura. Con sus abusos. Por ejemplo, los que cometió aquí, en la Unión Soviética, Stalin. Estoy de acuerdo con Lenin, al menos en un punto: la dictadura del proletariado es, hoy por hoy, todavía la forma más democrática de dictadura. Para nosotros, los chilenos, el problema todavía no se plantea. Y tal vez

hambre. Por el contrario, toda la vida he luchado porque comiese. Durante el gobierno de la Unidad Popular, los chilenos no llegaron a pasar hambre, ni siquiera en los peores momentos, cuando los camioneros pagados por la CIA paralizaban al país con su huelga. Cuando la Unidad Popular, todo el mundo todo el mundo tenía trabajo. Ni siquiera cínicamente, como usted dice, sería de desear que se extendiese el paro. Sería un cálculo erróneo. Porque el paro engendra miedo. Los parados se hurtan. Se niegan, lo que es comprensible y humano, a comprometerse en las acciones de masas. Un pueblo víctima del paro y que sufre de hambre es un pueblo dormido sobre el que se puede gobernar sin miedo. Mire, si no, la España de los años cuarenta y cincuenta, hundida en la miseria. Franco la asfixió sin problema. Y se trataba de España, ¡un gran pueblo! En Chile, la situación económica no me alegra. Antes bien, me preocupa terriblemente.

-Usted pasa por ser, sin embargo, el más optimista de los dirigentes de la Unidad Popular.

L. C.—No creo que los otros sean pesimistas. Pero yo al menos digo esto: Pinochet seguirá en el poder mucho menos tiempo de lo que él mismo cree. Y, sobre todo, se equivoca totalmente si es que cree que puede sucederle algún general de su misma clase. Hoy, gran parte de la gente que la auparon al poder están contra él. Como los camioneros, por ejemplo. Pero no sólo los camioneros. También los miembros de la burguesía de los negocios que ven hundirse sus empresas. Al cabo de tres años, casi la totalidad de los chilenos está hasta las narices.

-¿Piensa usted que Carter puede contribuir decisivamente a precipitar la caída de la Junta?

L. C.—Las declaraciones de Carter fueron positivas. De ahí no paso. En primer lugar, porque pienso en el fondo que la liberación de Chile será obra de los propios chilenos...

-¿Recurriendo a la lucha armada?

L. C.—No necesariamente, en todo caso, no de modo inmediato. Aunque no hay por qué excluir totalmente ese medio. Además, sé por propia experiencia que no se puede nunca apostar de antemano por tal o cual Presidente de los Estados Unidos. Hemos conocido a demócratas colonialistas e imperialistas, y a republicanos que hicieron la paz. Yo espero. Soy prudente. Desconfío.

-¿Cuándo volverá a Chile?

L. C.—No le daré una fecha exacta. Pero una cosa es cierta: no esperaré a la caída de Pinochet para volver a mi país. En espera de ese viaje, iré primero a Sofía, más tarde a Berlín. Allí me reuniré con los camaradas de la Unidad Popular. Después me trasladaré a Latinoamérica. ¿Ve usted? Cada vez más cerca...

-¿Y si durante uno de sus viajes se encontrase con Vladimir Bukovski? ¿Qué le dirá?

L. C.—Jamás me encontraré con el señor Bukovski. ■ **Declaraciones recogidas en Moscú el 14 de enero de 1977 por PH. G.-R. (Copyright TRIUNFO, 1977. Exclusiva para España.)**



Con poncho indio y sombrero, durante un mitin electoral en el que también participó el doctor Allende, apenas seis meses antes del golpe fascista.

L. C.—Le diré inmediatamente que encontramos apoyo hasta en los Estados Unidos. También en Europa. Pero de dirigirles un reproche a determinados países capitalistas que han mostrado cierta simpatía por la Unión Popular, sería la siguiente: a veces son inconsistentes. No siempre ajustan sus actos a sus principios.

-Por ejemplo...

L. C.—La Alemania Federal. Pocos países nos han ayudado tanto como ella. No sólo la izquierda, la extrema izquierda, sino también el Gobierno con su canciller socialde-

senta otro cadáver a la madre, nadie dice nada y nadie levanta ni el meñique. Tampoco en la Alemania Federal. ¡Es vergonzoso! Sobre todo es una cuestión de coherencia interior. No se nos puede apoyar moral y políticamente y, al mismo tiempo, como ocurre con muchos países europeos, dejar que opere tranquilamente la DINA en Bélgica, en Francia, en la República Federal o en Suiza. ¡Es una contradicción insuperable!

-Usted habla de secuestros. Le aseguro que aquí en Europa estamos muy mal informados.

no llegue a plantearse nunca. Mientras que Pinochet sigue en el poder, ¿cree usted que no tenemos más cosas que discutir que la cuestión de las etapas transitorias del paso al socialismo?

-Cuestión más grave: Chile acusa una devaluación del doscientos cincuenta por ciento, aproximadamente. El paro es casi general. Como la miseria. Seamos cínicos: ¿puede esta situación acelerar la caída de la Junta?

L. C.—Le responderé inmediatamente que no quiero ver sufrir a mi pueblo. No me gustaría que pasara